

LOS MOLINOS DE VIENTO, CERVANTES Y DON QUIJOTE

No me propongo ahora descubrir que El Quijote es un compendio de múltiples realidades: de los más variados y pintorescos ambientes, de personajes pertenecientes a todos los estratos sociales y oficios, de toda clase de mensajes abiertos y plurales, de temas, anécdotas, de porfiadas historias y de las más disparatadas aventuras que la imaginación febril pueda calibrar; de lectores y de narradores, procedimiento éste por el que Cervantes, al final de la novela, cuando leemos la palabra "Vale" con que abrocha la Segunda Parte, la de 1615, se erige en el verdadero protagonista de la novela, pero hasta ese momento, sin duda alguna, los héroes han sido el caballero manchego y su fiel escudero. Y de estas múltiples y variopintas aventuras, la más popular y representativa es la de los molinos de viento (VIII, I), por varias razones: contribuyó con gran eficacia a que El Quijote fuese concebido como obra cómica en su época;



presenta el esquema narrativo que adoptarán las posteriores aventuras - presentación de la situación, contraste ficción (Don Quijote)/realidad (Sancho), descalabro del héroe al chocar con la realidad y denodado tesón para levantarse sin mengua de espíritu tras la derrota. Con ella, Cervantes recrea uno de los tópicos más frecuentes en las novelas de caballerías: el enfrentamiento del caballero con seres descomunales a los que habría de vencer. Pues, a pesar de su relevancia, está narrado con suma brevedad, con gran economía lingüística.

Ahora bien; puesto que dar cuenta de cuándo, dónde, cómo y quién comienza la construcción de estos artefactos está fuera de mi propósito en esta ocasión, me pregunto por qué confunde Don Quijote los molinos de viento con gigantes. Y a este respecto, hay que decir que en la España de nuestro dilatado siglo de oro tuvo lugar la invención y creación de numerosos artilugios espectaculares, de mecanismos de relojería complejos y complicados, de ingenios mecánicos y autómatas fantásticos que, en buena medida, están presentes en El Quijote (los molinos de viento, acequias, clavileño, batanes, ect.).

Y no sólo su aspecto asombraría; también su enorme proliferación, pues la pertinaz sequía agotaba el escaso caudal innato de los ríos y afluentes manchegos, por lo que se hizo necesaria la construcción de estos artilugios que paliaran la agonía de la sed. Así, coincidiendo con el nacimiento de Cervantes y la dorada medianía de Don Quijote, todo ello en torno a la mitad del siglo XVI, la proliferación de estos inventos, su abigarrada forma y su espectacular bruceo encaramados en lo más alto de la loma divisora, habrían de asombrar a tirios y troyanos, entre ellos al niño Miguel de Cervantes y al ingenioso hidalgo, ya de por sí con la fantasía extraviada.

Y, probablemente, la orden de San Juan levantara, y después diera en arriendo, en torno a estas fechas de la medianía del siglo XVI, los molinos de viento de Los Yébenes que, altos y vigorosos, se divisan en las lomas de su puerto, junto a una torre vigía que aún está desde los tiempos de Abderramán.

Diré, que uno de estos molinos, el de "el tío Zacarías", afanoso y tesonero y orgulloso por su tesón, hace molienda una vez al mes y, si el caso lo requiere, dos. Entonces, desde los ventanillos del tercer piso, para eso están allí, se localiza la dirección del viento (ábrego, cierzo, solano hondo, alto o el fijo, toledano villacañero, calderino, matababras, mediodía y moriscote), se giran las entoldadas aspas hasta esa dirección y transmiten la fuerza del viento a la rueda catalina que, a su vez, pasa a las piedras de granito, se suelta con mesura el freno y se deja caer el grano desde la tolva hasta la piedra solera para que la volandera obre en consecuencia. Y estos nobles y aguerridos molinos de viento de Los Yébenes hubieron de ser los primeros que el niño Miguel de Cervantes viera una mañana del mes de septiembre de 1555, cuando, desde Toledo la cortesana, fue con sus padres, Don Rodrigo y Doña Leonor, y sus hermanos hasta contar siete, camino de Córdoba para visitar a sus abuelos paternos y a Sevilla poco después, donde se establecería la familia y Miguel asistiría a las clases de la Compañía de Jesús. Y la arrogante figura de estos artilugios se quedaría ya grabada en sus retinas para gloria de sus figuraciones literarias y de la literatura universal. Después se encontraría con otros muchos por los campos de la Mancha, agrupados unos de modo ejemplar en el "Cerro de la Paz de Campo de Criptana hasta alcanzar el número de "treinta o cuarenta"; en Madridejos se entusiasmaría con el molino del tío Genaro, el más antiguo de todos los divisores; individual y urbano el de Alcázar de San Juan y otros encumbrados en la loma próxima, y asentados en un farallón los diez o doce de Mota del Cuervo. Se entusiasmaría grandemente con la aguerrida estampa de los molinos de Consuegra, empinados como aún se ven en el "Cerro Calderico". Todos ellos, con mucha probabilidad, los vio Cervantes en sus correrías como vecino empadronado en Esquivias, como morador temporal en Toledo después, y, por último, al ostentar el cargo de recaudador de alcabalas reales. Y Don Quijote, sea su patria chica la que fuere, hubo de asistir en los umbrales de su vejez a las reuniones concejiles de su lugar, en que se trataría el modo de paliar la pertinaz



sequía y de averiguar cuál de los sorprendentes artefactos recién descubiertos sería de aplicación posible para moler las almortas cuya harina, luego, daría tan buenas gachas.

Incluso, su voto fue favorable a que se montaran los de Campo de Criptana, pues unos pegujales que en su término tenía le permitían el derecho a voto. Y alucinaría ante el descomunal ejército que se preparaba en el "Cerro de la Paz", y ante los robustos gigantes valedores y guardianes del castillo de Consuegra, que él imaginaba perversos enemigos a los que había que eliminar de la faz de la tierra. Así pues, Don Quijote, alucinado que ya estaba a causa de tanta lectura caballeresca y por estar tan falto de sueño acabó de trastornar su cerebro ante la enorme abundancia de estos desafortunados enemigos que, de un tiempo acá, se han adueñado de toda la Mancha. Y tan trastornado y alucinado llegó a estar que, al encontrarlos después de haber sido armado caballero y de haberse encomendado de todo corazón a Dulcinea, con arrojo y denuedo la emprendió contra todos ellos. Y cayó derrotado en la descomunal batalla, pero se levantó sin que su ánimo hubiera desfallecido ni un átomo.

Juan José Fernández Delgado
(Catedrático de Lengua y Literatura)